

La historia interminable

Claudia Galván Reula



PRIMER PREMIO 2021

La historia interminable

Claudia Galván Reula

LA HISTORIA INTERMINABLE

Seudónimo: Virginia Cairasco

Con un paño en las manos, encaramada al último peldaño de la escalera, quitaba el polvo a los libros. El movimiento era mecánico: sacar dos del estante, pasarle el trapo, ligeramente húmedo, a la madera, luego a los lomos, portada y contraportada, y por último devolverlos a su sitio. Prohibido equivocarse en su colocación. Josefa no lo entendía; los libros estaban mezclados sin importar el tamaño, el color, el grosor. *Lo fácil que sería poner por un lado los pequeños y por otro los grandes, se dijo. O incluso los más gordos separados de los finos.*

Aquel día quiso darse un respiro, o mejor, dejar de respirar durante un rato el miserable polvo que estaba tragando. Desde lo alto, desparramó la vista por las estanterías que cubrían las paredes. Menos mal que a sus señores no se les ocurrió llegarlas hasta arriba del todo. Por falta de libros no era, desde luego. Estas casas antiguas de Vegueta tenían unos techos altísimos. *Qué mal aprovechado el espacio...*, pensó. Recorrió con lentitud cada anaquel, centímetro a centímetro. Le costaba imaginarse el sinfín de mundos que contendría aquellos libros, pero seguro que trataban de cosas importantes. Era la explicación que se le ocurría ante el exagerado esmero de sus señores en cuidarlos. Y en tener tantos. En esa reflexión andaba cuando se dio cuenta de que tenía uno en las manos. Así, sin pensarlo. Leyó el título: *La balsa de piedra*.

—¡Qué cantidad de letras en una sola página! —exclamó al abrirlo. Pasó varias hojas: *¡Dios Santo, ni un punto!* Con la impresión, el libro se le cerró solo. De un golpe.

Minutos después, recompuesta del impacto, continuó con la tarea. Iba bajando peldaños a medida que dejaba atrás las baldas. Le surgió entonces la duda de si había pasado el paño a todos los estantes, a las portadas y contraportadas, o colocado los libros en el sitio correcto. No veía más que letras y más letras. *¿Cómo puede alguien leer eso?*, se preguntó. *Tendrá que guiarse con el dedo para no saltarse una línea, y sin despegarlo de la página. Pero entonces, ¿cómo va a entender lo que dice? ¡Qué horror!* Una vez en el suelo —sin recordar bien lo que hizo o no hizo— rodó la escalera para limpiar otra estantería.

Ella apenas había ido al colegio, siguió cavilando, pero los libros que le venían a la memoria de cuando sus hijos eran pequeños tenían dibujos. Lo que le gustaba a Josefa era ojear las revistas en la peluquería, las fotos de los famosos: sus bodas y cumpleaños, sus casas y sus barcos, en la piscina con sus hijos... Era un disfrute ver los sillones amplios, las terrazas al sol, los trajes de última moda, los bikinis que apenas tapaban nada... Con solo mirar todo eso no necesitaba leer. Ahora el runrún le seguía dando vueltas en la cabeza. *¡Tanta letra junta!* Abrió otro libro. *¡Vaya, menos mal!*, se dijo. *Parece que aquí hay más espacios libres. Esto es otra cosa. Con suerte, el siguiente tiene imágenes...* Sin soltarlo, le dio un repaso fugaz a los estantes.

¿Cuántos árboles se habrán necesitado para fabricar tanto papel?, se preguntó. Entonces le vino a la memoria cuando de niña jugaba al escondite con sus hermanos y primos, en aquellas excursiones familiares a los Llanos de la Pez, el olor del musgo, el sonido tan extraño que hacía el viento entre las ramas... *¡Y cómo resbalaba la pinocha!*, recordó también, con una sonrisa.

—¡Pero Josefa!, ¿qué haces que no estás limpiando? —La asustó la voz de la señora.

—Perdón, perdón...

—¡Te entretienes con cualquier tontería!

—Yo solo...

—¡Aligera, que todavía te queda mucho por hacer!

—Perdón...

—Que no te vuelva a ver perdiendo el tiempo.

¡Vaya!, como se pone por un libro. Ni que fuera de oro. Tan culta, tan culta...

La mujer, enjuta y metida en carnes, siempre bien arreglada hasta para sentarse a leer, tenía unas facciones que por separado no resultaban agradables; quizá en conjunto no parecía tan fea. Eso sí, siempre tenía que dejar claro quién era la dueña. Josefa metió el libro no se sabe dónde y se dispuso a sacar otros dos; pasó el paño por los lomos, portadas y contraportadas, y el hueco que ocupaban en la estantería. De nuevo, el polvo asfixiante. Solo eso: polvo. La señora le había estropeado la evocación de su infancia.

Dos días después madrugó un poco más con la intención de ir sola en la guagua. Normalmente lo hacía con su amiga Juana, que trabajaba en la casa justo enfrente de la de ella. El trayecto, desde la Paterna a Vegueta, se le hacía más corto acompañada, pero esta vez le apetecía pensar un poco. Una cierta nostalgia se había apoderado de ella desde que la señora interrumpió sus ensoñaciones, los recuerdos felices de su niñez. Se bajó en el Teatro Pérez Galdós y con tranquilidad, ensimismada en lo suyo, subió hacia la Plaza de las Ranas. Al cruzar el Guiniguada se abotonó la rebeca hasta el cuello. *Qué bien me vendría un cafecito ahora*, pensó. Dejó atrás la plaza de Santa Ana. Siempre que pasaba por allí se preguntaba qué pintarían aquellos ocho perros plantados frente a la Catedral. *¿A quién se le ocurriría ponerlos ahí?* Siguió andando. *La señora dice que en Espíritu Santo sirven el mejor café de Las Palmas*, recordó. Miró el reloj: *tengo tiempo. Total, estoy al lado*. Sentada ya, sintiendo el calor de la taza entre las manos, le volvió, una vez más, la inquietud que le rondaba insistente desde hacía unos días. *Sí, buscaré algún libro a ver... Donde hay tantos, alguno habrá que yo pueda leer. Si lo encuentro, igual me animo, no todo tiene que ser revistas*.

Subida al tramo más alto de la escalera sacó uno, lo agarró con la mano izquierda, apretó con cuatro dedos de la derecha la contraportada y fue dejando resbalar el pulgar, con suavidad, desde la primera página hasta la última; las hojas volaron rápidas, como cuando su padre echaba las cartas de la baraja. Repitió el gesto varias veces.

Cogió otro. Se sentó. Con parsimonia pasó una hoja y después otra, y otra más. Leyó en alto: «Antes de hablar, piensa, pero antes de pensar, lee». *Oye, pues sí*, se dijo, *no se puede hablar a lo loco, hay que pensar antes, claro, pero eso de leer primero... Un poco coñazo, ¿no?*

—¡Josefa! ¿Qué haces sentada? ¿Así trabajas tú?

—Perdón, señora. Solo....

—Que sea la última vez que te veo. O no vuelves por aquí.

—Disculpe, disculpe...

Se puso en pie con tal ímpetu que la escalera se movió. A punto estuvo de terminar en el suelo.

—Sí, cáete ahora. Que encima te tenga que llevar al médico.

La miró de reojo. Estar arriba, al lado de la biblioteca, la hacía sentirse más poderosa que ella. *¿Qué se cree?, ¿quién está ahora más cerca de los libros?*, se dijo. Se apresuró a pasar el paño por los lomos, para que su señora la viera. «Antes de pensar, lee...». *Pues no voy a leer todo lo que vaya a pensar. Ya ves tú, como para volverse loca...* Echó un vistazo a su alrededor y suspiró. Se acercó a algunos libros y leyó en alto varios títulos. Desde luego no iba a saber por dónde empezar, si se le ocurriera coger alguno. Se agobió y siguió limpiando. Pero de vez en cuando ladeaba la cabeza para mirar algún lomo. De regreso a su casa siguió dándole vueltas al mismo tema. *¿Y si le pidiera consejo a la señora? Bueno, antes tendré que decirle que si me presta... Bah, qué tonterías se me ocurren. Le digo algo y lo primero que hace es mandarme a limpiar. ¡Y mira que llevo años trabajando para ella!*

A su regreso el jueves siguiente traía una idea clara: continuar con la búsqueda de alguna lectura. Se había levantado animada. Presentía una sorpresa. Descartado pedir opinión. Anduvo rebuscando, sin dejar de limpiar, con un ojo en la estantería y otro en la puerta por si se acercaba alguien y la pillaba. No se podía permitir que la pusieran de patitas en la calle. Así que con la cabeza torcida leía algún que otro título al sacar los volúmenes. *¡Anda, Aristóteles!, como el perro de mi vecino.* Lo abrió. Su sorpresa fue mayúscula al leer: «El amigo de todos es amigo de nadie». Levantó la vista, se mordió los labios y asintió con la cabeza. *Sí señor, claro que es verdad. Y si no que se lo pregunten a mi amiga María Elena, que presume de la cantidad de gente que la quiere y la saluda, y cuando se operó pocos fueron a verla...*

A pesar de los años que llevaba viuda, lo primero que hizo aquella mañana al despertarse fue tantear el lado derecho de la cama, buscando el cuerpo de su marido. Había soñado que vivía en una casa hecha de libros; los techos altísimos, las paredes, el suelo, llenos de letras, de palabras. Ni una imagen. Ya levantada, sintió unos saltitos en el estómago, que identificó con aquellos primeros momentos de su juventud, cuando su Antonio empezó a rondarla. Hacía tanto ya que no pensó que esa sensación permaneciera guardada en su memoria. El runrún en su cerebro con las frases leídas en las últimas semanas no le daba tregua. La subida hasta la Plaza de las Ranas le estaba resultando

pesada; Juana no paraba de hablar y ella prefería el silencio. Llegó contenta a la casa. Hoy le tocaba la otra pared. Estaba convencida de que iba a encontrar otra frase, otro párrafo en el que pensar. A veces la señora improvisaba una buena limpieza del balcón de madera que lucía la fachada. Josefa cruzó los dedos para que no fuera uno de esos días.

Pero no iba a tener tanta suerte. La señora leía en el salón y, por la postura, no pensaba marcharse. La saludó con una mueca. Al terminar el trabajo, sin haberse atrevido a abrir ningún libro, se marchó. Acababa de cometer una falta. No sentía pesar ni remordimiento. La sonrisa que le estiraba la cara como el frío más extremo del invierno era más poderosa. *¡Qué ganas de llegar a casa y encerrarme en mi cuarto!* El título del libro robado la cautivó desde el primer instante. No sabía de qué iba, qué palabras, qué frases se encontraría en él, ni siquiera si lo iba a entender. Pero esa voz en su interior que escuchaba en los últimos tiempos le sugería un camino largo, lleno de fantasía. Sin fin. La lluvia, empujada por las ráfagas caprichosas del viento, golpeaba los cristales de la ventana. Bajo el edredón, con la emoción de cualquier día de Reyes de la infancia, Josefa lo sacó del bolso: *La historia interminable*, leyó, de Michael Ende.